

ASOCIACIÓN BAUTISTA ARGENTINA

Reflexiones
sobre la
Evangelización

OSVALDO A. SIMARI



OSVALDO A. SIMARI

REFLEXIONES
SOBRE LA
EVANGELIZACIÓN

ROSARIO – ARGENTINA
2012

REFLEXIONES SOBRE LA EVANGELIZACIÓN

Derecho de autor — Copyright © 2012 Osvaldo Antonio Simari
Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Edición al cuidado de

Eduardo Sánchez Gauto

SÁNCHEZ GAUTO

SERVICIOS EDITORIALES

Revisión editorial, diagramación y diseño de portada

sanchezgauto@sombragris.org

(0991) 755-355

Impreso en enero-febrero 2012
en los talleres de ETIGRAF SRL - Tel. 503 425

Impreso en Paraguay — Printed in Paraguay

DEDICATORIA

Con la presentación de este trabajo, deseo expresar mi gratitud a Dios por contar durante 15 años con la inspiración y ayuda ministerial de Juan Mura y Eduardo Sánchez, fieles compañeros de milicia y eficientes colaboradores en el ministerio de evangelización y misiones (urbanas, sub-urbanas y rurales).

Ambos hermanos en la fe fueron de inspiración y gran ayuda en mi vida. Aprendí mucho de ellos. Gracias al Señor que nos permite ver ahora con nuestros propios ojos mucho de lo que el Señor ha hecho con el poder de su Espíritu Santo, insustituible y principal protagonista del ministerio.

Nos unió la pasión de predicar el evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; de alcanzar, ganar vidas, buscando que cambien su estilo de vida, a través de una transformación integral. Nos unió el cumplir la misión que Dios nos encargó.

PRÓLOGO

¿Y cómo oirán si nadie les predica?

Romanos 10:14c

El apóstol Pablo, preocupado por que todas las personas lleguen a conocer a Cristo y sean justificados por Él por medio de la fe, nos exhorta a difundir la palabra de Dios en todo sentido y propósito: enseñando, hablando a una persona o a una multitud, testificando con la vida; siendo ejemplo de vida, en el templo, en la calle, en la radio, en la televisión, o cualquier otro medio que se pudiera utilizar para proclamar, más que nunca, el Evangelio de Verdad a tantas personas que la necesitan en nuestro tiempo.

Vivimos en un tiempo en que muchas iglesias predicán y enseñan la «Gran Comisión» (Mateo 28:18–20), pero muy pocas son las que cumplen a cabalidad con este mandato de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Creo que algunas iglesias han perdido «el primer amor». El cuerpo de Cristo, la iglesia del Señor, está enfrentando en este tiempo una situación decadente y catastrófica de la sociedad en que vive. Por ello, es **urgente** y **pertinente** retomar nuestra misión evangelizadora, considerando seriamente la exhortación del apóstol Pablo a su hijo Timoteo de no descuidar esta tarea: *«Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo;*

redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Timoteo 4:1,2).

Para reencauzar y reflexionar sobre la evangelización, este material nos ayudará a repensar en la tarea de sembrar la preciosa semilla del evangelio en los corazones de las personas. Para ello nos muestra que la evangelización debe ser inteligente; debe ser vivida y encarnada, porque no podemos dar lo que no tenemos. Debe ser una labor desarrollada en equipo, con el acompañamiento del cuerpo de Cristo. Y por supuesto, la metodología infalible es realizarla paciente-mente y con Amor.

El Pr. Osvaldo Simari no solo ha hecho una relectura de los materiales mencionados, sino que ha encarnado la evangelización en su propia vida y en su ministerio. Sus reflexiones y sugerencias prácticas salen de un corazón apasionado por las almas perdidas. Es un ejemplo de vida para mí y muchos otros consiervos y líderes.

Es mi oración que este material sea un manual didáctico y práctico para la obra del Señor en general; y especialmente para aquellos quienes, como su autor, sean apasionados en proclamar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

PR. LEONARDO ÁLVAREZ RAMOS
Copastor, Iglesia Bautista Luz
Profesor de Antiguo Testamento e Historia de la Iglesia
Universidad Evangélica del Paraguay

ÍNDICE GENERAL

Dedicatoria	III
Prólogo	V
Índice general	VII
1 Introducción	1
2 Somos embajadores de Cristo	3
2.1. El embajador no obra por cuenta propia . . .	4
2.2. El embajador no tiene un mensaje propio . .	5
2.3. El embajador no vive en su propia patria . . .	7
3 Evangelización y adaptación	9
3.1. La idiosincrasia de América Latina y los latinoamericanos	9
4 El anuncio de la Palabra de Dios	13
4.1. Lo que no dice el texto	14
4.2. Lo que no podemos hacer	14
4.3. El doble propósito de la predicación	15
4.4. El fondo de la cuestión	16
5 Sólo para pecadores	19
6 Todo el evangelio a toda la persona	23

6.1.	Un Evangelio reducido	25
6.2.	La conversión, un punto de partida	25
6.3.	Harvest/DNA (Discipulando naciones) . . .	27
6.4.	Una salvación total	28
6.5.	Una salvación positiva	28
6.6.	Las perspectivas de la salvación	29
6.7.	Una salvación paradójica	30
6.8.	Una proclamación total	31
6.9.	La predicación que salva	32
6.10.	El misterio de la predicación	33
7	Nuevas realidades y nuevos problemas	35
7.1.	La postmodernidad	35
7.2.	Otros grandes desafíos de nuestro tiempo . . .	36
8	Revisión de nuestro testimonio evangélico	41
9	Conclusiones prácticas	45

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo atrás, mi esposa Azucena Martín escribió una serie de devocionales llamada *La Visión de la Misión*. Esa serie de devocionales fue parte de la edición 2005 de *Juntos en tu Presencia*, un clásico libro devocional argentino. Tanto en esa serie de devocionales, como en otro devocional que mi esposa escribió como parte de la Biblia devocional para la mujer, publicada por Editorial Vida, ella menciona el ministerio de la evangelización y las misiones; e identifica a ambas como la pasión de su vida.

Hace poco estaba recorriendo los títulos de mi biblioteca pastoral, y me encontré con varios libros que se publicaron hace varias décadas, y que precisamente tratan acerca del ministerio de la evangelización. Son libros que me han traído gran bendición, y sin duda quienes aún cuenten con esos libros en sus Bibliotecas o lo hayan leído estarán de acuerdo conmigo. Son trabajos serios, bíblicos, que son la expresión de la vivencia de sus autores en la misión y la promesa bíblica de «irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas» (Salmo 126:6).

Después de orar, y de considerar la gran tarea de la evangelización y las misiones, pensé que la transcripción resumida y adaptada de estos escritos podrían llegar a ser de mucha bendición para hombres y mujeres que tienen esta misma pasión que hemos experimentado en nuestra vida, y están deseosos de obedecer el mandato del Señor Jesucristo.

Por tal razón, solicité a mi colaborador y consiervo Eduardo Sánchez —quien trabaja conmigo desde hace 14 años— que me ayudara a releer nuevamente estas obras, transcribirlas, adaptarlas y comentarlas, y a veces, añadiendo trabajos de otros autores que podrían completar el mensaje. El deseo es que estos resúmenes puedan inspirar y ayudar de forma práctica muchos que como nosotros hemos vivido la pasión casi desde nuestra adolescencia.

Iniciamos, pues, esta tarea que se irá extendiendo con el tiempo, si Dios permite, con el resumen contextualizado del trabajo de José Grau «La Evangelización, aquí y ahora». Dedicamos este trabajo a todos los hermanos y hermanas de América Latina que buscan cumplir la comisión del Señor Jesucristo.

PR . OSVALDO A . SIMARI

CAPÍTULO 2

SOMOS EMBAJADORES DE CRISTO

Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. (2 Corintios 5:19,20)

El apóstol Pablo presenta la tarea evangelizadora de la Iglesia como una embajada. Cada cristiano es un embajador de Dios, con una misión concreta que realizar. A cada creyente se le encarga el ministerio de la reconciliación, para que los demás también puedan tener todo lo que él ya ha logrado por la gracia de Dios.

Evangelizar es deber de todos los cristianos, y no solamente de algunos pocos especialistas. La misión es tarea de toda la Iglesia, es decir: de todos los creyentes.

La evangelización, según Pablo, se parece a la tarea de un embajador. Entonces, estas son las características principales:

2.1. EL EMBAJADOR NO OBRA POR CUENTA PROPIA

Todo embajador se halla al servicio de su gobierno. No actúa por cuenta propia. Todo embajador es acreditado por el jefe de Estado de su nación para que le represente a dondequiera que sea enviado. Es portador de «credenciales», de manera que siempre pueda demostrar la representación que ostenta y dejar fuera de toda duda la autoridad que asume.

Todo cristiano es un embajador de Cristo; enviado por su Salvador, acreditado por Él, protegido por Él, y con plenos poderes para proclamar los derechos de Dios y su Reino. Puede, con toda la autoridad de Dios mismo, hablar a los hombres, acusarlos, denunciar su incredulidad, su injusticia, y ofrecerles la gran salvación de Jesucristo. Por tanto, tiene derecho a meterse en la vida del prójimo.

Si interfiere en las vidas ajenas, no lo hace por placer sino como embajador de Aquel a quien ha sido dada toda potestad en los cielos y en la tierra. En última instancia, pues, no es el creyente el que habla, sino Dios a través de Él.

Un embajador se caracteriza por su cortesía, su prudencia, y su habilidad diplomática, y eso también debe caracterizar al creyente.

Lo que impulsa al creyente a testificar será, primeramente, la seguridad de su propia salvación (2 Corintios 5:17,18), y luego como consecuencia, el llamamiento divino por el cual «*a nosotros*» se nos encarga «la palabra de la reconciliación». Si carecemos de esta motivación, nos moriríamos de miedo, miedo a no parecer loco, miedo a las burlas de los incrédulos, y desperdiciaremos las continuas oportunidades que tenemos de testificar de Cristo.

2.2. EL EMBAJADOR NO TIENE UN MENSAJE PROPIO

Que un embajador «no tenga un mensaje propio» no quiere decir que no tiene ningún mensaje. Un embajador tiene muchísimos mensajes; pero lo que se destaca es que no se trata de sus propios mensajes, sino de las órdenes de su Gobierno. En su trabajo, el mensaje se les da bien hecho, para que lo transmitan con fidelidad. Repiten las indicaciones recibidas. Ningún embajador se atrevería a añadir nada—ni a quitar nada— a las órdenes recibidas.

El mensaje del embajador cristiano es el «Evangelio de Dios» (Romanos 1:1). Es un «Evangelio», una «buena noticia» de Dios. La buena noticia es la reconciliación que Dios ha obrado por medio de Cristo (2 Corintios 5:18,20).

Poderes e instrumentos del embajador. El poder del embajador de Cristo reside en su lealtad a la Palabra de Dios y su obediencia al Espíritu de Dios, que es quien le envía. El Espíritu Santo obra por medio de la palabra, y la Palabra y el Espíritu obran por medio del testimonio del creyente que anuncia delante de toda la humanidad: **RECONCILIAOS CON DIOS**. Ése es el mensaje que el cristiano debe dar al mundo.

Los instrumentos son dos: La Palabra y el Espíritu. O mejor, el creyente es instrumento en manos del Espíritu y la Palabra que el Espíritu ha dejado en la Biblia.

Por eso es que es tan importante la fidelidad del embajador al mensaje que hay que transmitir. Hay que ser fiel al mensaje en todas partes. No está permitido elegir o entresacar esas partes que gustan más, o que atraigan mas, y callar sobre los demás. El embajador tiene que ser fiel a **todo** el encargo que ha recibido. Sólo así podrá hablar con autoridad; sólo así podrá esperar un fruto de su misión.

La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Éste, y no otro, es el comunicado que el embajador de Cristo debe hacer llegar a toda la humanidad. Pero no se trata de «su» verdad o de «mi» verdad, sino la verdad de Dios, la Palabra de Dios. Es decir: la Biblia, toda la Biblia, y nada más que la Biblia.

Este es el fundamento de nuestra autoridad: «Así ha dicho Jehová» «Es palabra de Dios». Si es así, los que rechazan el mensaje, que no es nuestro sino que es de Dios, son culpables de despreciar al Señor que nos envía a ellos. El que rechaza nuestro mensaje no rechaza algo nuestro, sino que desprecia la gran obra de Dios.

Preparación del embajador. Como embajadores de Cristo, somos portadores del mensaje del Evangelio. Por tanto, se impone un aprendizaje a fondo de este mensaje; un dominio profundo y amplio de todo el contenido del mismo. En resumen, el embajador tiene que conocer todos los documentos de los cuales es portavoz. ¿Qué impresión causaría un diplomático que no sabe nada acerca de los documentos que son parte de su misión oficial ante el gobierno? ¿Qué clase de embajador sería? De esa manera, conocer la Biblia y la sana doctrina es indispensable en el cristiano. *La ignorancia es madre de la superstición, no de la devoción.*

El cristiano necesita la doctrina. Hubo un escritor que tenía mucha razón cuando dijo: «El error y el desastre del mundo cristiano es que busca más los efectos que las causas». Por eso, un estudio serio de la Biblia es algo que no se puede reemplazar y es una necesidad. Nada lo puede reemplazar: ni el entusiasmo, ni la fuerza de los sentimientos, ni la actividad, ni nada que quiera camuflar una ignorancia bíblica imperdonable.

Muchas veces, no sólo es necesario proclamar la verdad, sino que hay que atacar el error. Hay que matar el error para dar cabida a la verdad.

Proclamar la verdad, atacar el error. No olvidemos que entre los que nos van a oír va a haber mucha oscuridad y mucha mentira espiritual. En América Latina hay gente que nos escucha, y que incluso asiste a nuestros cultos, sólo porque rechazan la iglesia católica. Si estas gentes se quedan y se hacen miembros de iglesia, mezclan en la iglesia doctrinas extrañas que perjudican grandemente el testimonio. Muchas veces, el anti-catolicismo de estas personas es en realidad anti-cristianismo. Otras veces, la conversión de estas personas es sólo el aceptar dos o tres doctrinas que ni siquiera son importantes, para poder decir «me fui con los evangélicos, ya no soy católico». Pero detrás de eso, inconscientemente, siguen todos sus errores.

Es una tarea urgente. Estamos orando por un avivamiento, renovamos nuestros esfuerzos de evangelización, deseamos despertar a las grandes responsabilidades misioneras que tenemos que asumir. Pero todo será inútil si no conocemos la Biblia, porque todavía no hemos aprendido el ABC del Evangelio.

En resumen: El embajador cristiano debe recordar que tiene un mensaje que no es el suyo. Es el mensaje de la Biblia, que debe conocer, estudiar, dominar, exponer, e inculcar a los demás.

2.3. EL EMBAJADOR NO VIVE EN SU PROPIA PATRIA

El embajador no vive en su propia patria. Tiene que salir. Tiene que viajar al extranjero, y vivir en tierra extraña,

porque debe llevar el mensaje del cual es portador a ese país. Va a vivir en ese país por algún tiempo, va a aprender su lengua y sus costumbres. Si no lo hace, puede fracasar totalmente.

Eso también vale para el cristiano. Si la Iglesia va a ser la luz del mundo, no puede esconderse. Hay que ir allí donde se encuentran aquellos a quienes que predicar la Palabra. No hay que esperar a que los pecadores se interesen; es la Iglesia la que debe interesarse por los pecadores, del mismo modo en que Dios fue el que tomó la iniciativa en la salvación.

El cristiano tiene el deber de ir al mercado, al parque, al shopping, a las oficinas, a la chacra, a los garitos, a los estadios, a los balnearios (en verano) y confrontar a la gente con las exigencias de Cristo.

Ser embajador es a veces una tarea peligrosa. No siempre se siente seguro el embajador. El enviado de Cristo va a vivir muchos momentos de angustia, y le esperan jornadas amargas. Pero su trabajo es glorioso. ¿Qué otra cosa hay más noble que predicar el Evangelio? ¿Qué cosa más grata que la de proclamar el amor de Dios?

CAPÍTULO 3

EVANGELIZACIÓN Y ADAPTACIÓN

Es necesario no sólo cuidar el contenido del mensaje evangelizador, sino también el deber que tenemos de presentarlo según la idiosincrasia de los oyentes a quienes va dirigido en cada ocasión. Pero esto no debe llevarnos al punto en que la adaptación se convierta en adulteración. Hay dos aspectos de suma importancia que tenemos que apreciar si es que vamos a evangelizar nuestro país y nuestro continente:

3.1. LA IDIOSINCRASIA DE AMÉRICA LATINA Y LOS LATINOAMERICANOS

El latinoamericano en general, incluso los que son indiferentes y hasta los ateos, tienen al templo como un lugar serio. No conciben payasadas en el culto religioso, sea cual sea. Por eso, aunque sea sólo en teoría, la mayoría de los latinoamericanos está de acuerdo con que las cosas de Dios son cosas que hay que tomar muy en serio, o directamente se pasan por alto y se ignoran. Por eso, nuestro esfuerzo misionero debe llevar a los latinoamericanos desde el principio teórico de la seriedad de todo lo que se relaciona con Dios hasta el camino de la Verdad, realmente seria, del Evangelio.

Eso nos hará descartar ciertos «métodos» y «estilos» que no van con nuestra manera de ser. Está bien que tratemos de hacer que nuestros cultos sean amenos, y a veces simpáticos, por las personas nuevas que vienen a

escuchar el mensaje de la Palabra. Pero hay que tener siempre en cuenta que el pueblo latinoamericano exige seriedad, y por tanto, una presentación digna y reverente del mensaje redentor. Y eso, al final, también espera de nosotros el mismo Señor que nos llamó a servirle.

Ello tampoco implica que no haya lugar para la espontaneidad, u otras expresiones que sean muy «entusiastas». Siempre habrá oportunidades para ello; pero no en nuestros púlpitos, no en nuestros cultos.

La predicación según el modelo de los apóstoles

«La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios».

Según el modelo del Nuevo Testamento, la predicación evangelística es una declaración fiel del mensaje bíblico. Basta leer los sermones de Pedro y Pablo en el libro de los Hechos.

El ejemplo de la predicación apostólica no nos autoriza a servirnos de un poco de Evangelio para «ilustrar» un mucho de anécdotas, oratoria o demagogia. Más bien, podemos servirnos de un poco de anécdotas o cosas de actualidad para ilustrar un mucho de predicación del Evangelio. Si hacemos lo primero corremos el riesgo de no lograr «nuevos nacimientos» normales, sino «cristianos» cuya conversión siempre resulta un enigma.

Presentar el Evangelio es algo más que la mera insistencia en invitar a las almas a que acepten a Cristo como su Salvador. Hay que explicar el *cómo* y el *por qué* deben acudir a Cristo. En realidad, todo el mensaje evangelístico debe ser una constante invitación al pecador y debe llevar al punto en que éste se vea movido a exclamar: «¿*Qué haremos para ser salvos?*» (Hechos 2:37).

No hay nada malo en el hecho de hacer una invitación al final del sermón para que las personas se decidan

a aceptar a Cristo como su Salvador. Lo que es realmente importante es la *naturaleza* de estas decisiones. Porque si entendemos que la invitación es una «muletilla» que sirve para hacer más eficaz el sermón, entonces estamos pisando terreno falso. Acabamos de predicar, y lanzamos una serie de invitaciones totalmente desconectadas del tema y la acción que proclamaban la Palabra del sermón. Ponemos toda nuestra energía carnal, toda nuestra capacidad propagandística, a lo humano, como si no conáramos en el poder del Evangelio predicado. Es un error que se comete quizás sin que uno se dé cuenta, involuntario; pero que hay que corregir.

Lo importante no es si hay que hacer invitaciones o no, o si deben alargarse mucho o no, sino de cuál es la naturaleza de las invitaciones que hagamos. Esta es una cita del gran predicador Spurgeon que sigue vigente:

Al parecer, algunos predicadores no creen que el Señor esté con su Evangelio, porque, para atraer y salvar a los pecadores, su evangelio es insuficiente y han de añadirle invenciones humanas... yo transmito el mensaje en el nombre del Señor, y los pecadores muertos creen y viven... Ahora bien, si tu Evangelio no tiene el poder del Espíritu Santo, no puedes predicarlo con confianza y eres tentado a organizar una función en el aula grande para atraer a la gente a quienes Cristo crucificado no atrae. Si dependes de las reuniones musicales, los violines y las funciones semiteatrales, estás desacreditando la religión que pretendes honrar.

CAPÍTULO 4

EL ANUNCIO DE LA PALABRA DE DIOS

Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento.

2 Corintios 2:14

Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.

2 Corintios 3:3

Si todo creyente estudiara con cuidado el profundo significado de estas palabras del apóstol Pablo, su testimonio podría verse libre de frustraciones inútiles y, por tanto, ser más dinámicos y efectivos. El problema es que a veces los cristianos también nos dejamos llevar por las modas y corrientes de pensamiento del mundo. Imaginamos en muchas ocasiones que estamos actuando bíblicamente, cuando en realidad no hacemos más que movernos al dictado de meras opiniones humanas.

4.1. LO QUE NO DICE EL TEXTO

En demasiadas ocasiones el éxito de la evangelización se mide por la cantidad de personas que se han puesto de pie o han alzado la mano al finalizar los cultos, o en cuántas decisiones se hayan logrado. Pero en la época de los apóstoles lo fundamental era ver que la predicación era fiel al mensaje de la palabra de Dios; que el mensaje dado al mundo no era mensaje de hombres sino la verdadera Palabra de Dios vivo (1 Tesalonicenses 2:13) que puede transformar a los que están muertos en este mundo.

El triunfo en la evangelización para San Pablo no dependía de la aprobación de los hombres, incrédulos o creyentes, sino a la convicción de haber anunciado el Evangelio en toda su pureza; es decir: sin mezcla de ideas humanas (2 Corintios 4:5). Manifestar este conocimiento es la tarea primordial del cristiano.

4.2. LO QUE NO PODEMOS HACER

El pueblo de Dios no está llamado a convertir a las almas, puesto que nadie puede convertirse por otra persona, **ni puede provocar la experiencia del nuevo nacimiento en otra alma** (Juan 1:13; 3:5). La Iglesia debe dar el conocimiento del Salvador al mundo para que por medio del mismo las personas tomen una decisión que será la suya propia: decisión de vida o de muerte, según acepten o rechacen el Evangelio.

Lo que la Iglesia no puede hacer es tomar la decisión por esas personas, o darles el nuevo nacimiento. **Nuestra misión hoy día consiste en extender el conocimiento de Cristo** (2 Corintios 2:14) **independientemente de la recep-**

ción que su mensaje tuviese en aquellos que le escuchaban. Es decir: Pablo no se sentía frustrado, como siervo del Evangelio, si no veía frutos para vida eterna. Pablo predicaba un mensaje que solo por ser anunciado ya «nos lleva siempre en victoria en Cristo Jesús», pues cumple una misión divina.

Sin duda, **como hombre Pablo podía sentirse amargamente dolido al ver cuántas personas se condenaban por rechazar el Evangelio** (Romanos 9) pero como testigo, como ministro de Jesucristo y apóstol, no debía sentirse desalentado; pues si predicaba a Cristo y su Palabra, estaba cumpliendo el propósito que Dios tiene al enviar a sus mensajeros: salvar y condenar al mundo por medio de la predicación.

4.3. EL DOBLE PROPÓSITO DE LA PREDICACIÓN

Es antibíblico pensar que el único objetivo de la evangelización es la salvación de las almas. También es antibíblico el sentimiento de derrota que a veces siente el misionero cuando no ve resultados visibles de conversión.

El ministerio de la predicación es doble: *salvar* y *condenar*. Es como el ministerio de Moisés delante del pueblo:

«Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la

tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar». (Deuteronomio 30:15-20)

Salvar a los que aceptan el mensaje redentor de Cristo y advertir a los que lo rechazan que se condenan; ese es el ministerio de la predicación (Juan 12:48). Redargüir de pecado al mundo incrédulo para que quede sin excusa delante del Señor no es algo sin importancia. Jeremías no tuvo otro ministerio que el de condenar el pecado de un pueblo que no quería arrepentirse. Si queremos ser bíblicos, no olvidemos que hay un ministerio de condenación además del ministerio de salvación. Quizás este ministerio no sea tan agradable como el de salvación, pero a los ojos de Dios, y en los planes y propósitos eternos, es tan importante el uno como el otro.

No tenemos que dar un mensaje que solamente sea sensacional o imaginativo, que conmueva y mueva a una simple decisión emocional y momentánea. Ha de ser una predicación plena, no superficial, de la Palabra de Dios.

4.4. EL FONDO DE LA CUESTIÓN

Nuestra predicación y nuestro testimonio en general no tiene que apuntar solamente al logro del mayor número de conversiones. No hay que depender tanto de la opinión humana como de la aprobación divina. Hay que buscar solamente la gloria de Dios. Es ahí cuando entenderemos por qué, incluso cuando el mundo rechaza a Cristo, la Palabra de Dios no vuelve vacía, sino que cumple aquello para lo cual fue enviada (Isaías 55:11; Hebreos 4:12).

La Palabra siempre cumple su misión cuando se predica fielmente. Nuestra misión consiste en ser verdaderos ad-

ministradores de la misma. Nuestra preocupación debe ser que, a través de palabras humanas, Dios halle un medio para poder expresarse. Nuestra tarea es invitar a las almas a hacer una decisión frente a las exigencias del mensaje de la Palabra de Dios, y nunca pretender provocar esa decisión. **No tenemos que hacerle la competencia al Espíritu Santo. El Espíritu y la Palabra deben poder servirse de nosotros para realizar esa doble misión.**

SÓLO PARA PECADORES

En la puerta de cada lugar donde va a predicarse el Evangelio debería haber un letrero con esta inscripción: «SOLO PARA PECADORES». El mensaje de la Palabra de Dios gira alrededor de dos grandes verdades fundamentales:

1. Dios es justicia, y no puede pasar por alto el pecado del hombre, y tiene que condenarlo.
2. Dios es amor, y con su gracia desea salvar al pecador.

Predicar solamente la justicia de Dios sólo haría más desesperante la situación del pecador, más terrible y trágica su perdición; y si tan sólo enfatizamos el amor de Dios, despertaríamos en las almas una admiración sentimental o intelectual hacia la persona de Cristo, pero no ofreceríamos el verdadero camino de la salvación que ha de pasar ineludiblemente por la experiencia de la convicción de pecado y arrepentimiento.

Muchas veces hemos presentado el Evangelio de manera inadecuada. Nos hemos olvidado de testificar acerca del *pecado* y los *pecadores*.

Olvidamos que la cruz de Cristo habla no sólo del amor o la misericordia de Dios. También habla de la justicia y de la ley. Es que Dios no perdona ni salva por medio de la anulación de su justicia. Al contrario, Él es «el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús»

(Romanos 3:26). Esta justificación del pecador que Dios hace posible en Cristo manifiesta precisamente la justicia de Dios (Romanos 3:21,25,26) tanto como su perdón y misericordia. Eso tiene que llevarnos a considerar lo terrible que es quebrantar la ley divina: el pecado. En la cruz vemos lo que Dios hace con el pecado.

La ley y la cruz, la justicia y la misericordia, deben formar parte de nuestro anuncio del Evangelio. Pero hoy día muchas veces preferimos no hablar de la ley, del pecado o de la condenación cuando justamente son esos conceptos los que pueden ayudar al pecador a ver su total miseria espiritual y necesidad de Cristo.

No queremos que nadie caiga en la esclavitud de la ley; advertimos contra el error del legalismo. Pero a veces olvidamos que una persona no puede creer con una fe viva, real y salvadora, hasta que se haya dado cuenta por propia convicción de su impotencia espiritual. Según Pablo, por la ley es el conocimiento del pecado (Romanos 3:20). Dios mata antes de dar vida (1 Samuel 2:6), y es por la Ley que Dios mata (Gálatas 2:19; Romanos 7:9).

Cuando no cuidamos el anuncio de la ley de Dios, las personas desprecian la ley y no la tienen en cuenta, y al final, terminan despreciando la misma gracia. Es necesario que las almas lleguen a la desesperación del que sabe que no puede salvarse por sí mismo, y que ha de clamar a Dios con todas sus fuerzas. Ése es el momento en que el pecador comprende que el Evangelio no es para los que se creen justo, sino solamente para pecadores. Ahí es cuando el alma no sólo recibe capacidad para comprender el Evangelio, sino para creerlo con fe salvadora.

En innumerables casos hemos predicado un Cristo que es más Maestro que Redentor, más ejemplo que sal-

vación, y más capaz de levantar un cierto grado de simpatía o un suave sentimiento antes que una profunda vergüenza por nuestro pecado, error y depravación. De este modo, el fruto muchas veces pudo haber sido conversiones dudosas, por falta de verdadera convicción de pecados. Como dice Oswald Smith: «Esta moderna teoría de “aceptar a Cristo”, sin más ni más, sin una profunda convicción de pecado, es una creencia mortal, jamás fruto de un nuevo nacimiento auténtico».

Hay que predicar ambas cosas: Ley y Evangelio, pecado y salvación. Hay que darle tiempo a Dios para que Él actúe en el alma, convenciéndola de pecado, y haciéndole ver que por sí misma no podrá salvarse nunca. Solamente la convicción de pecado es la adecuada antesala de la fe salvadora.

CAPÍTULO 6

TODO EL EVANGELIO A TODA LA PERSONA

Porque no he rehuído anunciaros
todo el consejo de Dios.

Hechos 20:27

El pastor bautista español Don Vicente Tafalla decía:

Nuestro problema es que no predicamos todo el Evangelio a los inconversos. Para hacer esta afirmación tan rotunda me baso en que en nuestros cultos de predicación, en los que invitamos a los inconversos a tomar una decisión respecto a su alma, les hablamos del pecado que reside en todo ser humano, de la expiación vicaria de Cristo, el arrepentimiento, perdón, justificación, etc., pero ¿les hablamos de lo que viene después?

Hablamos muy poco de toda esta experiencia que llamamos conversión. Parece como si todo el Evangelio *se acabase* en este punto: como si tendiésemos una trampa al inconverso, llevándole hasta esta experiencia que deseamos sea genuina, pero silenciándole todo lo que un convertido tiene que hacer después. Aunque no lo pensemos, quizás en el fondo de nuestro subconsciente esté la idea de que, una vez en «el sa-

co», después ya será más fácil hacerle que aprenda «lo otro».

Es un defecto muy grave: presentar la conversión como la meta final en lugar de proponerla como punto de partida. Sigue diciendo el pastor Tafalla:

El libro de los Hechos habla de los primeros convertidos de la Iglesia, y dice: «Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados... y se añadieron aquel día como tres mil personas». Ahora viene “lo de después”: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con los otros, en el partimiento del pan y en las oraciones».

Hay cuatro cosas que dice este pastor acerca de las características de los nuevos convertidos:

1. Perseveraban en escuchar y aprender la enseñanza de los apóstoles.
2. Perseveraban en la unión fraterna.
3. Perseveraban en la participación de la Santa Cena.
4. Perseveraban en el culto a Dios mediante la oración.

Entonces, es bueno preguntarse: si usted hubiera sabido que necesariamente tenía que hacer todo esto, **¿hubiera usted aceptado la invitación que te hacían para que se convirtiera y se hiciera cristiano? Quizás esto explica el hecho de que algunos llegan a la conversión... y se quedan allí por toda la vida**, porque nadie les dijo que «lo que viene después» también es necesario que se haga.

Hay que explicar TODO a los inconversos. La persona que se decida, completamente consciente de lo que hace, será un fiel servidor de Dios y la Iglesia. Si fallamos, se convertirá en un problema cuyas tristes consecuencias vamos a sufrirlas en nuestra experiencia congregacional.

6.1. UN EVANGELIO REDUCIDO

Nuestro problema no es el de predicar «otro Evangelio», sino proclamar un Evangelio reducido, incompleto, e imperfecto. Hay un cuádruple defecto:

1. Considerar la conversión como si fuese todo el plan redentor de Dios en Cristo.
2. Considerar la conversión como una meta y no como el punto de partida, el comienzo de una nueva vida en Cristo por el Espíritu Santo.
3. Considerar que el nuevo nacimiento se limita a «la decisión por Cristo» en el momento de la conversión.
4. Olvidar la paradoja del Evangelio: es algo sencillo y complejo al mismo tiempo, fácil e imposible, al alcance de todos pero más allá de cualquier posibilidad humana.

Y nos olvidamos muchas veces de algo más. Antes de nuestro comienzo con Cristo, se da otro momento muy anterior: la iniciativa de Dios que decide salvarnos por su gracia.

6.2. LA CONVERSIÓN, UN PUNTO DE PARTIDA

En Romanos 8:29,30 Pablo presenta tres grados o etapas de la redención:

1. Llamamiento
2. Justificación
3. Glorificación

En Romanos 6:17,18,22 Pablo añade otras etapas más:

- Obediencia al Evangelio
- Liberación del pecado
- Entrar al servicio de Dios
- Santificación
- Glorificación (vida eterna)

Si una conversión no rinde esos frutos, se puede dudar de que sea genuina. Se suele citar mucho Romanos 6:23, pero hay que tener en cuenta que ese versículo es la culminación de los versículos 17–22. Es decir: El don de la vida eterna en Cristo Jesús pasa en su realización por el camino de la santificación y el servicio hasta alcanzar la meta de la glorificación. Por supuesto, eso no quiere decir que nuestra salvación es un «trabajo» que tenemos que realizar a lo largo de toda la vida. Eso es confundir justificación con santificación. La santificación es el *fruto*, no la causa de la justificación.

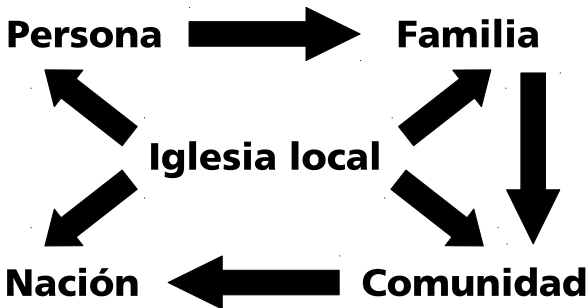
Todo el texto se opone al concepto de la conversión como una meta después de la cual no es necesario esperar mucho más aparte de la muerte y la vida eterna. Todo el Nuevo Testamento se opone a esta tentación fácil. El Nuevo Testamento nos enseña que aparte de la salvación por pura gracia, y nos enseña también que esta salvación es un árbol frondoso con muchos frutos que se manifestarán a su debido tiempo en la vida cristiana.

Dios no nos saca del mundo al convertirnos; nos deja en él para dar fruto, para servirle, para que mostremos

la acción de su gracia en nuestra vida individual y comunitaria, en nuestro testimonio personal y eclesial; para ser, en resumen, ejemplos vivos de la gran salvación que Dios quiere hacer con Cristo para quienes responden con fe al mensaje del Evangelio. Por eso, una predicación verdadera bíblica tiene que hablar de la totalidad de vida que sale de la liberación inicial.

6.3. HARVEST/DNA (DISCIPULANDO NACIONES)

Quisiéramos compartir el enfoque proporcionado por la organización Harvest/DNA, que brinda una forma práctica de compartir la gracia de Dios de forma práctica en la transformación personal, familiar, comunitaria y nacional. Ya hemos trabajado con ellos en varios proyectos conjuntos, y podemos recomendar este enfoque como algo efectivo y consistente con la doctrina bíblica (Romanos 12:1,2; Colosenses 1:9-12; 2 Corintios 5:17; Proverbios 31:23; Hechos 1:8; Jeremías 29:7; 2 Crónicas 7:14; Isaías 58)



6.4. UNA SALVACIÓN TOTAL

El estudio de 1 Corintios 1:30 y 1 Corintios 6:11 indica claramente que la salvación no sólo se limita a la conversión, sino que es toda una experiencia de vida, una carrera (Filipenses 3:8-14). En las cartas de Pablo el énfasis no está solo en el punto inicial. Si bien somos justificados por la fe y desde ese momento somos sellados por el Espíritu Santo (Efesios 1:13,14) y tenemos la seguridad perfecta de nuestra salvación, lo importante es *perseguir* para alcanzar aquello para lo cual fuimos alcanzados. La vida cristiana debe ser puesta a la consideración de cuantos escuchan el Evangelio, y debe ser presentada en términos dinámicos, de tensión, siguiendo el ejemplo de Pablo, para quien la justificación es un punto de partida, la largada de una carrera que hay que correr a lo largo de toda la vida.

6.5. UNA SALVACIÓN POSITIVA

La salvación no tiene que ver únicamente con los aspectos pasivos o negativos; no significa únicamente liberación del infierno, no es sólo perdón o solucionar el problema de nuestra justificación. La salvación incluye elementos positivos, afirmativos, y dinámicos.

Hemos sido salvos para ser santos. La salvación exige la santificación. En esta experiencia la conversión es un punto, mientras que la santificación es una línea que llega hasta la eternidad.

La conversión se realiza en un momento; es una intervención única de Dios en nuestra vida que nos transforma. La santificación es una carrera; es progresiva y se renueva cada día, cada instante. Quien es salvo y ha tenido una experiencia de conversión con el sello del Espíritu Santo, debe

prepararse a recorrer las etapas de la santificación que culminarán en la glorificación final. A eso se refiere Pablo en Filipenses 2:12 cuando dice «Ocupaos de vuestra salvación»: hay que poner en movimiento nuestra salvación, **hay que traducirla en vida de cada día**. Es una exhortación para llevar a la práctica aquello para lo cual Dios nos ha llamado y nos sigue llamando.

6.6. LAS PERSPECTIVAS DE LA SALVACIÓN

La salvación tiene una doble perspectiva:

1. Es algo inmediato y presente: «He aquí ahora el día de salvación», cuando la Palabra de Dios llega hasta nosotros (2 Corintios 6:1,2; Hechos 4:12; 13:26).
2. La salvación también cuenta con una perspectiva futura, porque nos aproximamos al día de nuestra glorificación. Por eso Pablo dice que fuimos sellados por el Espíritu Santo «para el día de la redención» (Efesios 4:30).

Entonces, los horizontes del plan de la salvación se hacen infinitos. Nos damos cuenta de la gran carrera que cada redimido debe correr.

Esto es lo que tenemos que proclamar. No existe razón válida para reducir el Evangelio, para minimizarlo hasta quedar convertido en una fórmula fría, mecánica, encasillada y fácil. Traicionamos el Evangelio cuando lo convertimos en droga espiritual, en tranquilizante religioso. El mensaje de los apóstoles nos marca un mensaje totalmente distinto (1 Pedro 1:3-7).

6.7. UNA SALVACIÓN PARADÓJICA

La Biblia presenta dos conceptos paralelos y paradójicos acerca de la salvación:

1. Es fácil ser salvo. Sólo hace falta creer. Es suficiente con aceptar a Cristo como Salvador personal.
2. Pero el reino de los cielos se resiste, y sólo los valientes lo arrebatan. Muchos querrán entrar y no podrán. El justo con gran dificultad se salva.

¿Por qué decimos que el justo con gran dificultad se salva? Si se salva, lo hace gracias a Dios. Pero cada persona tiene varios enemigos: la vieja naturaleza y el mundo son continuos obstáculos en el proceso de salvación. Pero Dios obra con nosotros, y por ello mismo, el discípulo de Cristo debe poner en marcha, actualizar y vivir realizando la salvación que ya posee y disfruta. Surgen obstáculos, se producen caídas, hay fracasos; pero Dios acaba perfeccionando lo que comenzó en cada uno de sus hijos.

No tenemos que producir nuestra salvación con nuestro propio esfuerzo. Cristo lo hizo todo por nosotros. Por eso, la salvación también es algo fácil. Pero es difícil al mismo tiempo, incluso desde el comienzo, por cuando el hombre natural no sólo no entiende las cosas del Espíritu, sino que las desprecia y las tiene por locura (1 Corintios 2:14; Romanos 8:7). La única forma de salir victorioso en esta lucha es por medio del Espíritu Santo, que obra con la palabra de Dios como único instrumento para culminar la salvación obrada por Cristo (Santiago 1:18; 1 Pedro 1:23; Romanos 10:17).

6.8. UNA PROCLAMACIÓN TOTAL

Lo que necesitamos hoy es dar un nuevo impulso a la exposición de la Palabra de Dios. Como evangélicos, creemos que la verdadera Iglesia de Cristo es la que da prioridad absoluta a la predicación de la Palabra de Dios. Toda la vida de la congregación gira en torno al mensaje que Dios hace llegar hasta nosotros desde la Biblia por medio de su Espíritu.

La predicación es lo primero; incluso las ordenanzas vienen después están condicionados a la misma palabra. Pero, ¿somos conscientes de esa realidad? ¿Nos damos cuenta de lo que Dios nos pide?

Desgraciadamente hay muchos sustitutos de la predicación de la palabra de Dios. El peor de todo se llama oratoria. No es que la oratoria sea cosa mala. Pero el peligro está cuando el siervo de Dios trata de encontrar en la oratoria la eficacia espiritual que solamente se puede esperar de la exposición de la Palabra de Dios. La oratoria busca la frase brillante antes que la exactitud, aun cuando haya que forzar textos bíblicos, o esconder muchas verdades. Así, la Biblia es una excusa, un trampolín, para el juego de la oratoria.

Lo primero que el buen predicador debe saber es la Biblia. Antes de estudiar el modo de predicar bien, primero tiene que conocer la Biblia y haberla leído varias veces. Hay muchos oradores, pero pocos predicadores. El que sabe exponer la palabra de Dios, puede confiar en que todo lo demás le será añadido. Pero el que sólo sabe decir lindas palabras sin ponerse nervioso, no puede estar seguro. El gran predicador Spurgeon decía: «Me temo que nuestros púlpitos no estén exentos de esos vendedores de palabras al por mayor».

6.9. LA PREDICACIÓN QUE SALVA

Lo que salva no es nuestra oratoria, sino la Palabra de Dios. Lo que salva no son nuestras frases ingeniosas y divertidas, nuestros chistes, sino el poder de la Palabra. No son nuestras ilustraciones, nuestras «muletillas», ni los efectos preparados de antemano. Todo esto puede estar bien, y puede ayudar mucho. Pero **nada de esto salva, nada de esto es prioritario, nada de esto debe reemplazar a la fiel exposición del mensaje total de la Palabra de Dios.**

Un sermón evangelístico en el que sólo haya imaginación y dramatismo para contar historias bíblicas es oratoria y no merece el nombre de predicación. Un sermón en el que los textos bíblicos sólo sirvan de ilustraciones para la tesis del predicador es una conferencia, un ejemplo de oratoria, pero nunca será predicación en el sentido bíblico. Las ilustraciones, el drama, la oratoria, son ayudas a la exposición, esclavas al servicio del texto bíblico. Invertir el orden es traicionar el Evangelio. Tampoco la simple repetición de versículos y más versículos, ni el apasionado llamamiento al final pueden sustituir la ineludible, necesaria e irremplazable exposición de la Palabra de Dios. Si la predicación no es exposición de la Biblia, deja de ser predicación. Es simple palabrería que no salva, aunque haga levantar a mucha gente de sus bancos.

Tampoco hay que olvidar que la predicación tiene un elemento de misterio. Hay que evitar los dialectos de nuestros círculos, y hemos de traducir el mensaje cristiano en términos comprensibles para las personas que nos rodean. Pero hay que tener en cuenta, también, que no es la Biblia la que tiene que adaptarse al hombre, sino el hombre a la Biblia.

6.10. EL MISTERIO DE LA PREDICACIÓN

Muchas veces olvidamos el significado del «misterio de la predicación»; es decir, que en toda auténtica predicación de la Biblia hay algo que va más allá de lo humano: la obra del Espíritu que trabaja por su Palabra en el corazón de los oyentes.

Siempre hubo dificultades para que la gente acepte el Evangelio. Hoy no es más difícil predicar el Evangelio que lo fue para Pablo. Ahora bien, tenemos que comprender cuáles son nuestras oportunidades y nuestra situación; y así, el impulso para una predicación del Evangelio que sea atrevida, dinámica y gozosa vienen sólo por la «renovación de nuestro entendimiento» y la búsqueda de la «buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» revelada en la Biblia.

La predicación que es el centro vital de la Iglesia no es el breve ensayo moral, ni el discurso elegante, ni la cita superficial de una cadena de versículos, sino la presentación de *todo el consejo de Dios*, la explicación de la multiforme sabiduría y bondad de Dios, la exposición de todas las doctrinas de la Biblia, y, especialmente, la proclamación de Cristo crucificado en la totalidad de la redención de la cruz.

Para lograr esto, hacen falta tres condiciones:

1. Aceptar la Biblia como palabra de Dios y regla única de fe y práctica, sabiendo que solamente por medio del conocimiento de la Biblia es que se puede llegar a la verdad y la salvación.
2. Hay que desconfiar bastante de la razón, el corazón del hombre, o la sabiduría humana (1 Corintios 2:1-5).

3. Vivir una vida consecuente, una existencia inspirada y sostenida por la verdad bíblica.

Los que viven esas vidas están al borde del milagro. Son llenos del Espíritu Santo e instrumentos idóneos para comunicar el mensaje de Cristo a los perdidos.

CAPÍTULO 7

NUEVAS REALIDADES Y NUEVOS PROBLEMAS

7.1. LA POSTMODERNIDAD

La postmodernidad es un fenómeno que se viene dando con gran fuerza desde la Segunda Guerra Mundial y se puede definir como *la mentalidad de la gente de nuestro tiempo*. Es un conjunto de convicciones que se caracteriza por estos rasgos:

Énfasis en lo emocional antes que en lo racional. Lo importante no es hacer lo correcto, ni lo más conveniente, o lo más eficiente, o lo que dice la razón. Lo importante es hacer aquello que me hace sentir bien. Si consumir drogas me hace sentir bien, lo hago. Si dejar a mi esposa por otra mujer me hace sentir bien... ¡lo hago!

Énfasis en lo individual antes que en lo comunitario. Lo importante es lo que me gusta a mí, no lo que mis padres, o mi iglesia me aconseja. Lo que busco no es lo mejor para el país, ni para la familia, ni siquiera para mi pareja, sino para mí.

Pluralismo: Todos los caminos son válidos. El pluralismo es la convicción de que hay varios caminos a la verdad, y varias verdades, y que es falso decir que hay errores o faltas en esos caminos.

Relativismo: Ningún camino es mejor que otro. El relativismo es la convicción de que todo depende del cristal con que se mira. Algo que es bueno, puede ser bueno sólo ahora; mañana todo puede cambiar.

Regreso a lo espiritual, pero como algo privado, nada público. Lo espiritual se reconoce como algo valioso para la persona, pero también se convierte en mercadería de consumo individual. Uno elige sus creencias como elige una marca de detergente en el supermercado. Se ven todas las variedades de religión, el cristianismo evangélico, catolicismo, brujería, budismo, islam, nueva era, etc. Sin embargo, hacer exhibiciones públicas de fe es algo escandaloso, que avergüenza. Lo religioso pasa a lo privado, a la intimidad de la persona.

Búsqueda de lo rápido, inmediato, instantáneo. El posmoderno no tiene tiempo para cosas que exijan tiempo y esfuerzo, o dedicación. Todo tiene que estar listo YA, todo tiene que estar AHORA, sin trámites, gestiones, o años de estudio.

7.2. OTROS GRANDES DESAFÍOS DE NUESTRO TIEMPO

Crisis de valores tradicionales. La religión es cada vez más considerada como algo inútil y sin valor práctico. No se cree que pueda tener la solución a los problemas de la gente. Esta indiferencia no sólo tiene que ver con respecto a la religión oficial, sino con todas las formas y expresiones de la fe.

En América latina la religión ha estado unida a intereses seculares por demasiado tiempo, y muchas veces ha servido como un medio para mantener ciertas estructuras y defender ciertas realidades sociales.

Un nuevo materialismo. Ahora ya hay personas que se nutren del pensamiento marxista ateo moderno, y se burla de todo lo religioso, de la Biblia, y de todo tipo de creencia.

Un nuevo catolicismo más atrayente. Las personas que tienen alguna inquietud espiritual prefieren el catolicismo renovado o progresista antes que las iglesias evangélicas. La razón puede ser que resulta más cómodo satisfacer las necesidades espirituales en la religión oficial. Ir a otros grupos podría significar perder prestigio y otras molestias.

También podría ser que nuestras estructuras no atraen al latinoamericano, y porque quizás el anhelo del latinoamericano, cuando quiere profundizar en una creencia, es más bien eclesiológico; mientras que nuestras iglesias enfatizan casi exclusivamente la experiencia de salvación. Quizá hace falta renovar y vivir mejor nuestra doctrina eclesiológica.

La revolución técnica y los medios de comunicación. Se trata de un fenómeno que está afectando de forma creciente y progresiva a todos los latinoamericanos.

1. **Afectan al latinoamericano medio.** Todos los latinoamericanos son asiduos telespectadores, aun cuando muchos de ellos son analfabetos culturales: saben escribir su nombre, firmar, leer muy lentamente algo, pero ninguna otra preparación. Juntamente con el cine, la televisión es un factor que actúa en la transformación del carácter del latinoamericano. De la TV va a recibir sus ideas, sus ídolos, su vivencia sentimental y humana.
2. **Afectan a todos en algún grado.** Los medios de comunicación hacen llegar hasta todos los públicos (in-

cluyendo a los hermanos de la iglesia) todas las noticias y todas las corrientes de pensamiento, buenas y malas. Internet y la TV están difundiendo líneas de pensamiento que un obrero cristiano nunca aconsejaría a nuestros miembros.

3. **Sin duda va a afectar nuestra capacidad de adaptación.** Tenemos que encontrar métodos más dinámicos y desechar lo rutinario, lo estático. Debemos basarnos en la madurez espiritual de los creyentes y su discernimiento más que en que no se enteren de las corrientes de confusión que circulan por nuestro mundo de hoy.

Nuevos desafíos surgidos de esta problemática. Podemos ver las siguientes conclusiones prácticas:

1. A una mejor y mayor encarnación en el seno del pueblo latinoamericano al que hemos sido llamados a administrar la palabra de Dios.
2. A hablar un lenguaje (no sólo en lo gramatical, sino también en lo teológico/doctrinal y vital) que se *entienda*.
3. A simpatizar, por lo menos, con los problemas de las personas que viven junto a nosotros; a comprenderlas, y a hacerles sentir que no somos extraños a ellas ni a sus inquietudes.
4. A entender la problemática moderna —o bien, dada su complejidad, aquella que más afecta a quienes tenemos que llevar el Evangelio—, a la luz de la Palabra de Dios. Discernir qué es lo característico de nuestro tiempo a la luz de la Biblia y su mensaje eterno.

5. A usar, en la medida de lo posible —y tenemos que lograr que sea lo máximo— los modernos medios de comunicación de masas e Internet. Si no los alcanzamos, tampoco vamos a alcanzar a nuestra región y nuestro país con el evangelio. O acaso, si nos quedamos dormidos, podríamos llegar demasiado tarde.

REVISIÓN DE NUESTRO TESTIMONIO EVANGÉLICO

El apóstol Pablo nos muestra una exigencia: «A todos me hecho de todo, para que de todos modos pueda salvar a algunos» (1 Corintios 9:22). Más que nunca, esta exigencia debe ser vivida auténticamente.

1. **Nuestro testimonio debe lograr una adaptación dinámica a la realidad en donde vivimos** y moldearla con un entendimiento profundo del Evangelio, que en verdad se trata de la única respuesta válida. ¿Cree-mos realmente que la Palabra de Dios tiene la respuesta para los problemas básicos de cada persona? Entonces, tenemos que esforzarnos en discernir la voluntad de Dios para cada situación, proclamando en medio de ella el eterno Evangelio de Cristo.
2. **Nuestro testimonio debe ser consecuente con las exigencias de la vida cristiana.** Esto requiere reflexión y voluntad de renovación.
 - a) **Un problema de eclesiología.** El gobierno de nuestras Iglesias Bautistas es congregacional, pero el individualismo (en Paraguay se dice «ser argel», «ser avá») de nuestra cultura afea muchas veces la práctica de esta forma de gobierno de la iglesia entre nosotros: discusiones, falta de autoridad, divisiones, una democracia muy mal en-

tendida, falta de respeto, localismos, partidismo, etc. Esto perjudica muchísimo nuestro testimonio. Hay que esforzarse por ver cuál es el sentido del gobierno de la Iglesia por los miembros, tal como el Señor lo quiere.

- b) **Hay que colaborar.** El gobierno congregacional de la Iglesia debe buscar la manera de armonizar con las grandes necesidades de colaboración y trabajo unido que exige la nueva situación, la nueva problemática, y el costo de ciertos medios de comunicación.

Solos no vamos a hacer nada; encerrados en los templos de nuestras iglesias locales, planeando estrategias, cursillos, enseñanza, evangelización, etc., en el plano solamente local va a significar, cada vez más, arrojar una gota de agua en el río que apenas va a notar nuestra presencia. Quizás otros que estén mejor organizados, y con mejor coherencia, nos pasen por delante y consigan hacerse escuchar mucho mejor que nosotros. Más que renovar estructuras, lo que hace falta es renovar la mentalidad.

- c) **Las «capillitas», los «conventillos», deben ser desterrados de nuestra mentalidad.** Tenemos que cooperar y trabajar junto con todos aquellos que tienen el mismo propósito de extender el reino, y son hermanos en la fe.
- d) **Por ello, es necesario educar a la Iglesia en dos cosas:** Estudio de la Biblia, y ver las circunstancias en medio de las cuales vivimos.

3. **Nuestro testimonio debe ser una evangelización paciente.** Fe en el poder de la Palabra y del Espíritu Santo más que en nosotros mismos.
4. **Nuestro testimonio debe ser una evangelización amorosa.** Las personas de nuestra época están sedientas de amor. Si viven en las ciudades, se hallan en la angustia de la soledad, en medio de cientos de miles de personas. Pero el latinoamericano es bastante desconfiado y no gusta que le «tomen el pelo». No podremos evangelizar si nuestra evangelización no va cargada de comprensión y amor por el individuo total. Los perdidos tienen que ver nuestro interés genuino por su persona, y no sólo la meta evangelística de convertirlo. Hay que hacerle comprender que nuestro deseo es llevarle el Evangelio, compartir con él lo mejor que podemos darle. Sin amor no podemos hacer nada.
5. **Nuestro testimonio debe ser una evangelización inteligente.** La estrategia misionera no tiene que ser improvisada. Tenemos que buscar colaborar unos con otros, y la fidelidad al Evangelio debe ser el único límite. Hay que buscar entender dónde están las mayores necesidades: la migración interna, la urbanización, las villas miseria, los problemas en el campo, etc.
6. **Nuestro testimonio debe ser una evangelización encarnada y entendida** en la idiosincrasia particular del hombre latinoamericano. Ver cuál es la predicación que necesita nuestro pueblo.

CAPÍTULO 9

CONCLUSIONES PRÁCTICAS

1. Confianza en la gracia de Dios y en el poder de la Palabra de Dios por encima de todo.
2. Debemos renovar nuestra mentalidad, así como nuestras estructuras, nuestros sistemas.
3. **Testimonio de vida personal y comunitaria.** Presentar la vida cristiana como algo práctico e inspirador. Mostrar cómo el Evangelio se vuelve realidad en nuestras vidas de cada día.
4. **Solidaridad y colaboración.** Dejar de lados los sectarismos. Evitar las «capillas». Mostrar la comunión de los creyentes en Cristo.
5. **Pasión por las almas.** Amar al mundo como Dios lo amó: para redimirlo y transformarlo. Dar un espíritu misionero a todas nuestras actividades.

Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:13,14).